

das no los consideren como objetivo digno de actuación. Situación de indiferencia de la que, según el autor, sólo se salva Churchill.

El último capítulo, en momentos en que se abren esperanzas de paz para el Eretz Israel y sus vecinos, no deja de avivar la pregunta por el misterioso modo de presencia de este pueblo en la humanidad, a la que aporta el monoteísmo, la igualdad ante la ley, la santidad de la vida, la dignidad de la persona y de la conciencia humana.

E. Parada

Stephen Bun Sang LEE, *Relaciones Iglesia-Estado en la República Popular China*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona 1991, 540 pp., 14,5 x 21,5.

La editorial EUNSA ha publicado un estudio del sacerdote chino Stephen Bun Sang Lee sobre la situación de la Iglesia en China continental. En su primera parte se describen las relaciones Iglesia-Estado durante los últimos cuarenta años, y en la segunda se estudian los problemas internos de la Iglesia china.

El autor comienza constatando que la Iglesia católica china, además de las dificultades externas que le plantea la política del Partido Comunista, se encuentra en su interior con graves amenazas para su unidad y para su comunión con la Santa Sede, y sumida en circunstancias complejas y confusas. Detrás de estos problemas internos de la Iglesia católica china está la política religiosa del partido, y las consiguientes relaciones Iglesia-Estado; ahí, en esas difíciles y tortuosas relaciones, está en buena parte la raíz de los problemas intraeclesiales.

Los tres primeros capítulos describen la historia de las relaciones Iglesia-Estado. El primero abarca los años 1949-1966; el segundo estudia el periodo de la Revo-

lución Cultural, hasta el final de las convulsiones suscitadas tras la muerte de Mao (1966-1979); el tercero se ocupa de la década de apertura y modernización (1979-1988). Cada uno de estos capítulos sigue un mismo esquema general: política religiosa del PCC, reacción de la Iglesia china, reacción de la Santa Sede.

Sobre esta base, el extenso capítulo cuarto intenta una visión de conjunto de los problemas teológicos, canónicos, pastorales, político-jurídicos y diplomáticos que caracterizan la situación actual de la Iglesia china, y apunta vías de solución. En las páginas de este libro se trasluce un apasionado amor a China y a la Iglesia, y una irreprimita solidaridad con los cristianos de la China comunista.

C. Soler

Louis CHARBONNEAU-LASSAY, *The Bestiary of Christ*, Parabola Books, New York 1991, 467 pp., 14 x 24.

Louis Charbonneau-Lassay (1871-946) fue un modesto erudito que concibió una obra grandiosa sobre el simbolismo cristiano. De los cuatro volúmenes soñados —*Le Bestiaire du Christ*, *Le Floraire du Christ*, *Le Vulnéraire du Christ*, y *Le Lapidaire du Christ*— sólo el primero fue publicado en 1940. Había reunido abundante material para los otros, pero su muerte acabó con tan magnífica empresa. Y no menos triste fue la historia del primer libro. De los quinientos ejemplares impresos la mayoría fueron destruidos por una bomba que cayó en el almacén. El original tenía unas mil páginas y otros tantos grabados preparados por el autor. La versión inglesa ha sido reducida pero aun así abunda en información obtenida de fuentes tan diversas como Egipto, Grecia, Roma, los movimientos gnósticos, la Cábala y las civilizaciones del Oriente. Se abre con un capítulo so-

bre las cuatro figuras animales descritas en el profeta Ezequiel y en el Apocalipsis: el león, el toro, el águila y el hombre. Otros capítulos recogen ensayos sobre animales domésticos (el buey, la oveja, la cabra, el caballo, el asno, el perro), animales salvajes (la pantera, el lobo, el oso, la serpiente, el sapo, la salamandra, el cocodrilo), pájaros (el buitres, el halcón, el búho, la golondrina, la paloma, el pelícano etc.), los animales acuáticos, los insectos (entre otros, la mosca, el escarabajo y la araña), y un capítulo final sobre bestias imaginarias (el unicornio, el centauro, el dragón, la esfinge, etc.).

Todo el que trate de una realidad misteriosa se ve forzado al símbolo, no sólo para evitar la profanación sino también, lo que es mucho más importante, debido a los obstáculos que encuentra el ser humano en su intento de entender la realidad sublime de lo divino. Los primeros cristianos fueron ávidos devoradores del simbolismo pagano, y este *Bestiario* prueba su deseo de referir toda la realidad a Cristo, aún en casos en los que el animal en cuestión había sido antes un símbolo del pecado o del mal. La edad de oro del simbolismo es, por su puesto, la Edad Media y uno de sus más grandes triunfos. Para los medievales todo era *imago*, y el hombre la *imago Dei*. El mundo entero era un símbolo (el *libro* del mundo). No era un conocimiento exclusivo de clérigos o letrados; el pueblo lo compartía mucho mejor de lo que podemos imaginar ahora. Charbonneau-Lassay dice que tenían «la misma necesidad de ver a Cristo en todas partes». Para los medievales toda belleza lo era en la medida en que dejaba ver el reflejo de la belleza divina. Tampoco oculta su desencanto con el Renacimiento en cuyo arte ve el enemigo número uno de esta especie de «ortodoxia artística cristiana» una falta de equilibrio al buscar casi en

exclusiva la glorificación de una belleza material con pérdida consecuente del aspecto místico y espiritual de la realidad. El arte religioso cristiano realista, sentimental y dulzón es el precio a pagar por el abandono de una visión que hizo del arte medieval una de las grandes maravillas. Con el siglo XV desaparece la profundidad y grandeza del arte religioso auténtico. Nuestra visión ha sido reducida. Y en lugar de ángeles tremendos llenos de espíritu y fuerza sobrehumana, hemos de contemplar aun hoy día ángeles enanos y de color rosa, como globos de chicle, de los que los mediocres artistas cristianos parecen no cansarse. Es una delicia ver a este erudito enfadarse sin ninguna apología por los abusos de la simbología perpetrados por bárbaros que no saben lo que hacen.

Leyendo este libro uno sueña con una capilla Sixtina poblada con todos los habitantes de este fascinante bestiario cristiano. Como observa su autor el simbolismo religioso «se merece reconocimiento mucho más grande: debería ser conocido y entendido con más precisión, en primer lugar, por los artistas, y también al menos, por todos los clérigos y cristianos maduros, ya que el uso apropiado de los símbolos ofrece una fuente de luz para el entendimiento y una nutrición substancial para el espíritu».

A. de Silva

TEOLOGÍA FUNDAMENTAL

Medard KEHL, «Nueva Era» frente al cristianismo, Herder, Barcelona 1990, 154 pp., 12 x 20.

Medard Kehl es profesor de teología dogmática en la Escuela superior de teología y filosofía «Sankt Georg» de